

Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas desde los 60 a la caída del muro

Aldo Marchesi. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2019

A través de un ágil relato histórico, *Hacer la revolución* ofrece un atractivo panorama de la deriva de las organizaciones que, en los años sesenta y setenta, se dieron a la tarea de poner en marcha la revolución en el cono sur del continente. Muestra así que esas organizaciones fueron actores relevantes dentro de los procesos de activación social y política iniciados a mediados de los cincuenta, y potenciados a partir de la Revolución Cubana y de la pérdida de influencia de las izquierdas tradicionales.

En tal sentido, un acierto del trabajo consiste en su apelación a la noción de *cultura política*, mucho más apta para captar los procesos de reconfiguración político-conceptual de los que trata este libro, y mucho más rica y amplia que aquellas que solo remiten a «nuevos repertorios de protesta» (p. 17) o a «lenguajes de disenso» (p. 9). En esa línea, y en todos los casos, el autor ha logrado ubicar los puntos clave de lo que, siguiendo a Pierre Rosanvallon, puede entenderse como la emergencia de una nueva racionalidad: desde la renovada lectura de los nudos históricos enfrentados por los países latinoamericanos hasta el balance de las experiencias que precedieron a la decisión de tomar las armas. Ha evitado de ese modo el frecuente recurso de reducir a los actores a grupos ideológicos fanatizados o a meros cultores de prácticas violentas —cuando no simplemente terroristas—.

Otra virtud del libro radica en haber construido una interpretación que articula atinadamente la dimensión cronológica con una diversidad de puntos de observación y variadas escalas de análisis. Logra así eludir el riesgo de reconstruir la complejidad de lo narrado por la simple sumatoria de historias locales: lo que cuenta sólo resulta bien explicado por la acertada incorporación de la mirada regional, y también transnacional. Además, en este último aspecto, el autor no sólo ubica la conflictividad latinoamericana como parte de los combates de la Guerra Fría, sino que además hace notar la influencia de sus renovados repertorios de protesta en los «sesenta globales» (p. 11).

En similar dirección son expuestas las razones por las cuales las organizaciones que son objeto central de este trabajo —Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), Ejército de Liberación Nacional (MLN), Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Partido Revolucionario del Pueblo-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)— juzgaron necesario pensarse en perspectiva regional frente a la «continentalización» (p. 81) de las políticas instrumentadas por gobiernos respaldados por la Organización de los Estados Americanos (OEA) o por la directa intervención nortea-

mericana en el subcontinente. Por otra parte, a la vez que se señala que los grupos del cono sur alcanzaron pleno desarrollo a partir del impulso de la Revolución Cubana, se hace notar que la mayor parte de ellos se conformó en discusión con la estrategia cubanista del «foco rural» ante la certeza de que las formas de guerrilla urbana eran más acordes con las condiciones económicas, sociales y demográficas de sus países.

De manera coherente con el enfoque elegido, el relato se estructura a partir del diseño de una geografía compuesta, en casi todos los casos, por ciudades. En cuatro de los cinco capítulos que componen el libro, cada una de esas localizaciones es presentada en asociación con alguna cuestión en debate en el mundo de las izquierdas, a la vez que como sede provisoria de un tránsito militante que va dando forma organizativa a la idea de «continentalizar la revolución» (p. 104).

En esa marcha, Montevideo resulta ser la primera estación y el lugar de la pregunta por la estrategia adecuada para los países «sin la Sierra Maestra» (p. 27). La ciudad aparece así en los primeros sesenta ofreciendo condiciones favorables para una amplia sociabilidad política y para la recepción de exiliados —sobre todo brasileños y argentinos—, y también para la circulación de emisarios cubanos en plan de reclutamiento para los campamentos ligados a los primeros planes de Ernesto Guevara para la región. En lo específicamente local, este segundo capítulo, se detiene en los orígenes y desarrollo del MLN-T, pionero en la instrumentación de formas urbanas de guerrilla en el Cono Sur, y famoso por la espectacularidad de sus acciones y por su restrictivo uso de la violencia.

El capítulo siguiente coloca el acento en un nivel diferente cuando postula la existencia de una suerte de arco subjetivo tendido entre La Habana de la Tricontinental y la Organización de Solidaridad Latinoamericana (OLAS) y el Nancahuazú de la derrota del ELN: en él radicaría una clave capaz de explicar la consolidación de un «lenguaje común» y una extendida solidaridad entre los revolucionarios de América Latina, y del mundo. Tanto la rápida mitificación de la figura del Che —y el carácter acontecimental de su muerte— como la cercanía geográfica de Nancahuazú habrían contribuido a alimentar la «sensación de inminencia» revolucionaria en el Cono Sur. Queda claro que para las organizaciones estudiadas en este libro, el fracaso del proyecto de Guevara no implicó el regreso a perspectivas puramente nacionales sino que, por el contrario, condujo a una redefinición de la continentalidad y, poco después, a la creación de la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR).

Pero antes de que tal cosa ocurriera, el relato nos lleva al Santiago de Chile de la Unidad Popular (UP) y su experiencia de «camino legal al socialismo» (p. 105). Por entonces, como consecuencia de la ola de golpes de Estado en la región, Santiago se había convertido en receptora de

numerosos exiliados conosureños. Esos contingentes estaban integrados no sólo por militantes revolucionarios sino también por numerosos intelectuales —sobre todo brasileños— que contribuirían a alimentar la vida de las instituciones académicas en las que floreció la teoría de la dependencia. Así, este tercer capítulo, hace foco en el hecho de que, por entonces, Santiago fue sede de una particular imbricación entre trabajo intelectual y compromiso político, a la vez que centro de acalorados debates —también regionales y globales— sobre las posibilidades de la «vía chilena». En ese contexto, el libro analiza la peculiar situación del MIR, agrupación que siendo partidaria de la lucha armada, decide volcarse al trabajo de masas, en atención al carácter popular del gobierno de Allende —y también a las recomendaciones cubanas—. Pese a ello, ni el MIR ni las organizaciones que le eran cercanas dejaron de advertir sobre los riesgos implicados en la «vía legal», ni demoraron las tareas destinadas a poner en pie la proyectada estructura continental que eventualmente permitiría retomar la lucha armada en los respectivos países, o llegando el caso, defender al gobierno de la UP.

La historia que el libro cuenta, iniciada en Montevideo, vuelve al Río de la Plata en 1973 cuando en el cono sur coinciden la caída de Allende y el regreso Perón a la Argentina: la militancia exiliada se traslada entonces a la aún eufórica Buenos Aires —que todavía recordaba a Dorticós, Allende y Cámpora en el balcón de la casa de Gobierno—, y que parecería ser un refugio seguro. Pero, como bien recuerda el autor, la situación cambió bastante rápidamente en virtud de la derechización comandada por el propio Perón quien, ya presidente, comenzó a planear la inteligencia y la represión no sólo en su país, sino también a nivel regional. En esas circunstancias, el PRT-ERP, que había suspendido los ataques al gobierno durante la presidencia de Cámpora, retomó las acciones militares y, a comienzos de 1974, inició una secuencia de ataques a cuarteles e instaló su compañía de monte en Tucumán —de la cual participaron algunos chilenos y uruguayos—. Con ello se buscaba consolidar una «zona liberada» que, además de complementar a la guerrilla urbana, proyectara la lucha hacia Bolivia: la apuesta por la internacionalización del conflicto, y el regreso a la zona elegida por Guevara, sería coronada con la formal constitución de la JCR como estructura de alcance regional.

Pero, aunque las organizaciones no lo advirtieran, estaba comenzando el final. El Operativo Independencia y el fracaso del ataque al cuartel de Monte Chingolo dieron los golpes finales al PRT-ERP y a la JCR —de la cual ese partido era el principal sostén—. Lo que siguió al golpe de estado de 1976, además de la durísima represión, fue la dispersión de la JCR por el mundo y el cierre del ciclo revolucionario en el cono sur. Y junto con ello, la emergencia de una serie de debates superpuestos dentro de las organizaciones —y entre ellas— respecto de las reales posibilidades de reiniciar la lucha armada en sus países -o en centroamérica-, o la manera de participar en la denuncia de las dictaduras y en la defensa de los derechos humanos. Llegando al final, el libro exhibe un nuevo acierto al informar cómo, una vez diluida la perspectiva continental, cada grupo —con mayor o menor suerte o perspicacia—, intentó reorganizarse y encontrar el camino que le permitiera incidir políticamente en el respectivo país. Pero, tal como se muestra, «sobrevivir a la democracia» no fue tarea fácil.

Por varias razones *Hacer la revolución* resulta ser un libro renovador en el campo de los estudios sobre historia reciente. Por un lado, la delimitación de su objeto así como el encuadre teórico-metodológico elegido le han permitido visibilizar la complejidad de la época y ubicar a las organizaciones revolucionarias dentro del amplio y variado campo de la «nueva izquierda» conosureña. A la vez, la sistemática exposición de las tramas organizativas y los tránsitos militantes por la geografía del subcontinente, echan nueva luz sobre procesos hasta ahora enfocados casi exclusivamente en clave local —o como meros reflejos de la Revolución Cubana—. Finalmente, la articulación de esas tramas con la dimensión discursiva —y aún subjetiva— hicieron posible captar la racionalidad de unos actores que, aunque formados en tradiciones nacionales y políticas diversas, se amalgamaron en la certeza de que la revolución era necesaria y posible en la región.

María Cristina Tortti
Universidad Nacional de La Plata